

Alfonso Escudero
Agustino

La actividad literaria chilena en 1925

(A la memoria de mi amigo C. R.)

I. POESIAS Y VERSOS

DESPUES de varios años de funciones consulares en la Patagonia argentina, regresa Juan Guzmán Cruchaga al Santiago de sus iniciaciones en el arte literario, y antes de volver a partir, esta vez a un muy lejano puerto de la China, Hong-Kong, nos hace el regalo valiosísimo del mejor libro poético del año.

Agua de cielo es un volumen impreso con elegancia, como de Nascimento, y que reúne lo más selecto de sus obras anteriores, ya imposibles de encontrar, y agrega buen número de poemas inéditos.

En plena juventud todavía—tiene treinta años,— el autor de *Agua de cielo* es uno de los poetas chilenos de más valer; y acaso ninguno posee carácter tan marcadamente personal como Juan Guzmán Cruchaga.

Desde sus primeros ensaños *Junto al brasero* (1914), influido por el culto de la casa solariega, hasta sus últimos esquemas de paisajes interiores, Guzmán Cruchaga ha sido el poeta de la delicadeza, de la languidez, de la armonía, del tono

discreto, de los cuadritos concisos, esfumados y de sugerencias escondidas detrás de palabras sencillas.

Con muy pocos elementos—una fuente, una estrella, un barco, un parque, un pájaro—escribe poemas que nos atreveríamos a llamar perfectos, pero que ante todo debemos llamar ricos de emoción.

Se diría realizado el antiguo deseo del poeta:

Quisiera hacer del alma un aro azul
para echarla a rodar sobre los valles.

«Escasa, débil, apagada, como por una enorme distancia, anotaba hace cuatro años Hernán Díaz Arrieta (*Alone*), su palabra tiene entonaciones y matices de una finura que le dan sello único y la imponen a la simpatía artística...

«Todas sus imágenes son vagas, esfumadas, dormidas; no dice las cosas por completo, sino que pinta un cuadro y deja al símbolo volar solo».

Alma, no me digas nada,
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.

Una lámpara encendida
esperó toda la vida
tu llegada.
Hoy la hallarás extinguida.

Los fríos de la otoñada
penetraron por la herida
de la ventana entornada.
Mi lámpara estremecida
dió una inmensa llamarada.
Hoy la hallarás extinguida.

Alma, no me digas nada,
que para tu voz dormida
ya está la puerta cerrada...

«Gabriela Mistral y Aída Moreno Lagos son nuestras mejores poetisas», escribe Guillermo Rojas Carrasco en cierta crónica bibliográfica de la revista *Cultura*.

Como la Mistral en sus años de anonimato, Aída Moreno Lagos es maestra en Los Andes; como la Mistral, retardó años y años la publicación de su primera obra; y como la Mistral, entregó su primer libro a los cuidados de impresores extranjeros.

El de Aída Moreno se llama *Dolidamente* y apareció en Montevideo, prologado por la poetisa uruguaya Raquel Sáenz, quien dice en cierto pasaje: «Amor, dulzura, piedad, pureza, de todo esto hay en sus poemas suaves y emotivos».

En la precisión de apuntar acerca de ella el ologio más corto de los importantes, diría, como Ricardo A. Latcham: «Es una poetisa que no ha saqueado a Gabriela Mistral como tantas otras de nuestro parnaso femenino» (1).

De Gabriela Mistral, aparece en Barcelona una nueva edición de poesías con el título de *Nubes blancas*.

Conocida es la trinidad de los hermanos Silva Endeiza: Víctor Domingo, Jorge Gustavo y Hugo.

El primero, Víctor Domingo, hombre de acción, impulsivo y atropellado, entre otras muchas actividades, entonó en otro tiempo versos de imágenes de efecto y ritmo vibrante, y hoy vive retirado, preparando nuevas obras, en Bariloche, consulado del sur de la Argentina.

Hugo, el menor, que en estos últimos años había llegado a ser el atractivo de *Los Tiempos*, por sus finos *Comentarios de Julio César*, se marcha a fines de año, llamado por un grupo de capitalistas salitreros, a dirigir *El Mercurio* de Antofagasta.

(1) *La producción intelectual en el año 1925.*— *El Mercurio* de Antofagasta, 1.º de Enero de 1926.

Y Jorge Gustavo, después de haber escrito varias obras de temas iliterarios, se decide por fin a publicar sus *Poemas breves*, poemas muy concentrados, muy limados, muy cerebrales. Algo así como el polo opuesto de Víctor Domingo.

«Sin mirar hacia ninguna dirección, libremente, inconteniblemente, se me soltaron mis poemas», declaraba *Pablo Neruda* con motivo de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* (1924).

Ignoro si su obra de 1925 necesitará de parecidas declaraciones autoexegéticas. *Tentativas del hombre infinito* es la tercera obra de *Pablo Neruda*, poeta de veintiún años y el más representativo de los de su generación. Pero ni el apocalíptico *Pablo de Rokha* está satisfecho. De todos modos, la *Tentativa del hombre infinito* tiene su importancia. Por lo menos probaría a dónde puede llegar una tentativa...

Rafael Coronel, escritor ecuatoriano educado en Chile y residente hoy en Antofagasta, canta *La tristeza del patio*.

Como no he logrado ver la obra, cedo la palabra a Ricardo A. Latcham:

«Son reminiscencias juveniles, breves síntesis de vida, bocetos acertados, cuadros locales de fuerte tinte realista, reunidos en un tomito minúsculo por un nexo común: la melancólica vida quiteña.

Ha realizado en pequeño lo que José Ortega y Gasset denominó «los primores de lo vulgar»... Ha explotado los asuntos triviales..., las ingenuas y maravillosas expansiones de su infancia, los motivos criollos que hirieron su imaginación vivamente en los días de Quito».

Antes de regresar de su provechoso viaje por Europa, desde donde envió correspondencias a *La Nación* de Santiago, Alberto Ried Silva, escultor y poeta, publica en París sus *21 Meditaciones*, con prólogo de E. Ortega y Gasset e ilustraciones del

artista español José de Creeft. La primera edición se agotó antes de salir de Europa.

Ha sido traducida al francés por el poeta Adolfo Faigarolle y editada por *Le Livre Libre*.

Pascual Brandi Vera, que en 1919 dió a conocer *La quietud del farellón* y que fué uno de los hombres de la simpática revista valparaiseña *Siembra* (1920), ahora nos habla, líricamente, de *El oro de otoño*.

En el caso de Brandi Vera mucho falta todavía para que se pueda hablar de otoño; pero mientras con ello no se quiera significar sino «hojas que muriendo tórnanse canción» u «oro de emoción», entonces, bienvenidos sean todos los otoños, aún los prematuros.

María Rosa González (*Miss Colombine*), madre de *Extasis* y de *Samaritana*, y más de alguna vez hija espiritual de Juana de Ibarbourou, da otro paso con *Arcoiris*.

«Sin duda, escribe Luis D. Cruz Ocampo, la autora no ha hallado todavía su camino; pero tiene por delante tiempo de sobra para hallarlo; y, a más de tiempo, tiene talento y riqueza imaginativa bastante para dar forma visible a las sensaciones que agitan su espíritu de poeta».

La señora Lucía Richard de Piedrabuena, apunta Mariano Latorre refiriéndose a *Sursum corda*, se contenta con cultivar, como los poetas de la escuela del buen gusto en la época gongorista, su cuidado jardincito clásico».

Otras obras del género, publicadas en 1925, son: *Poemas*, por Nefthalí Agrella; *De la vida*, por Mariana Nervo; *Alarida*, por Guillermo Gazabatt; *Anfora de barro*, por Recaredo Borja; *Alma viril* (con prólogo de José Santos Chocano), y *Sangre del trópico*, por Alice Lardé de Venturino; *A través de la mañana*, por Fernando Mirto; *Los últimos caminos*, por Gustavo Martínez Vilches; *Solveig*, por Arturo Troncoso Sagredo; *Los*

rencores vanos, por Guillermo Bouch; *Sinfonía de los jardines*, por *Gustavo Alvial* (L. Rojas Olivares); *Poemas sureños*, por José M. Carrasco Z. y María Carrasco Z.; *Fábulas*, por Luis A. Román, Pbro.; y *Manantial*, por J. Luis Uribe González.

II. NOVELAS, CUENTOS Y OTROS RELATOS.

Entre las principales pruebas de la pobreza del año literario habría que recordar la pobreza de la más aceptable de sus novelas: *Maya*, por Augusto Iglesias (*Julio Talanto*).

Ya habrá acudido a la memoria del lector la figura de *Julio Talanto*, tan característica. Un hombre alto, voluminoso, de lentes y polainas, de andar y gestos dominadores; exégeta por curiosidad, autor de cuentos, versos, piezas teatrales y comentarios periodísticos; paradojista de brillo; gran aficionado a la buena mesa y al buen vino; erudito versado en disciplinas no comunes y gran hablador.

Pues bien, ese *Julio Talanto* escribió *Maya*. Hay ahí mucho balneario de gente rica y ociosa, mucho pelambre, mucha charla y una tragedia muy trágica desarrollada entre *él, ella y el otro*. Propiamente la novela se reduciría apenas a la tercera parte. Lo demás, las demás páginas «están dedicadas a presentar personajes en charlas de verano», dice Misael Correa Pastene. «Esta novela—prosigue—es hija de la mente, no de la observación... Dijérase, antes de terminar su tragedia, que el tema es apenas un pretexto para lucir el autor en disertaciones y relatos, algo de lo mucho que ha leído».

Sin embargo, *Maya*, obra al fin de un *Talanto* de talento, tiene, como dice Salvador Reyes, «la cualidad suprema de ser una novela entretenida, que se lee con agrado y de un tirón».

Parecido carácter de livianura y agilidad elegante tienen los relatos de *El último pirata*, de Salvador Reyes, el joven poeta que en 1922 se embarcó, como Rimbaud, en un *Barco ebrio*. Permítame *Alone* el robo de algunas líneas:

«A bordo de su *Barco ebrio*, este grumete, amigo de peligro-

sas compañías. se pasea por mares imaginarios y entra a saco en el tesoro de los puertos fantásticos, con una desenvoltura llena de exquisita elegancia. Fumando su pipa robada a un viejo lobo de mar, en las largas travesías ha saludado el pabellón de los buques capitaneados por *Lofi*, *Farrère*, *Lorrain*, *Halmar*... Tiene talento bastante para encantarnos con sus cuentos mentirosos y hacernos respirar con un frasco de sales artificiales, las libres y salvajes rachas del océano.

Las primorosas ilustraciones de Meléndez dan mayor realce a los fantásticos y muy prometedores relatos de *El último pirata*.

Augusto D'Almar ha entrado en un período de actividad.

Todavía perdura el eco de los elogios a sus obras anteriores, cuando llegan la traducción de *El cornudo estupendo*, drama de F. Crommelynck, y *Mi otro yo* (La doble vida en la India), editada por *La Novela Semanal*, de Madrid.

Más novela que sus hermanas mayores, aunque con reminiscencias de ellas, es otro indicio de la evolución que apuntaba en *Deusto* y de la que tanto podemos esperar todavía.

No recuerdo con quién charlaba, hace poco más de un año, en una librería santiaguina, cuando la voz de un hombre dominó las demás palabras dispersas. Venía llegando de Europa y lucía cierto tono de compasión desdeñosa para nuestro Chile. No conocía al que hablaba.

Después supe que era Rafael Maluenda y que dentro de poco publicaría una nueva obra.

Alguien ha dicho por ahí que *La cantinera de las trenzas rubias*, evocación de los tiempos de la guerra del 79, es el mejor ensayo novelesco sobre la materia. Tal vez. Pero eso no demostraría sino la menor importancia de los demás. Porque, a pesar de las excelentes dotes de narrador de Rafael Maluenda, hay en su última novela algo difícil de explicar, que desconcierta. Acaso haya influido su poco la desilusión de un lector que tenía derecho a esperar algo de más valía del autor de *La Pachacha*, conocido en una ocasión poco favorable.

Después de residir algunos años en Buenos Aires, regresa Alberto Romero a Chile con los originales de su tercer libro, *Soliloquios de un hombre extraviado*.

En vez del *amargado* de 1918 y del *extraviado* de 1925, alguien ha propuesto un franco *libertino*. Asunto de palabras. Después de todo, en los *Soliloquios de un hombre extraviado*, en medio de mucho que no es alado, hay también sus aciertos, principalmente como observación y aún como expresión; y en general, el libro es vigoroso e interesante.

Don Ramón A. Laval, miembro de la Academia Chilena, hasta ayer bondadoso subdirector de la Biblioteca Nacional, y ante todo, benemérito del folklore patrio, recoge de la tradición oral y edita otras dos obras: *Cuentos de Pedro Urdemales* y *Cuentos populares en Chile*.

Aparte de la importancia que haya podido tener la vida de Pedro Urdemales en la formación de «muchos caracteres destacados después en actividades políticas, sociales o mercantiles», escribe *Alone*, ignoro si con conocimiento de causa; ¿quién permanecerá indiferente al atractivo de esos relatos frescos y refrescantes como brisa entre arbustos de campo?

De Armando Moock, chileno que residió algún tiempo en Buenos Aires y desde hace poco vicecónsul electo de Chile en París, he visto en 1925 cuatro novelitas cortas: tres de ellas editadas juntas en Chile con el título general de *Sol de amor*, y la cuarta, *La novia de Alberto Morán*, que apareció en *La Novela Semanal*, de Buenos Aires (publicación donde apareció igualmente otra *nouvelle* de otro chileno, *El destino trágico*, de Edgardo Garrido Merino, a quien también acaban de elegir vicecónsul de Chile en Barcelona.)

De Eduardo Barrios, el más conocido de nuestros novelistas, la editorial *Tor* de Buenos Aires, reedita con prólogo de Gabriela Mistral, diversos cuentos agrupados después del título

Y la vida sigue...; mientras la casa Calpe de Madrid anuncia nueva edición de *El Hermano Asno* y de *Un perdido*.

Marcos Brito N. da a la imprenta una novela titulada *Hara-Umán*; la señora Lucía del Campo de Barcellos publica su tercera obra *El magno amor*, historia novelesca de Alejandro Magno, prologada por Gabriel D'Annunzio; otra dama (?), escondida tras el pseudónimo de *Don Quijote de la Mancha*, escribe otra novela, *Nadar contra la corriente*; y Arturo Vieira, portugués en Chile, traduce *Romeo y Julieta* de Souza Costa y la edita con el título de *Dos veces amantes*.

III. HISTORIA Y BIOGRAFÍA

Vicuña Mackenna había sido todo.

«Don Benjamín, dice por ahí *Omer Emeth*, fué periodista en toda la comprensión de este vocablo; escribió editoriales, crónicas, folletines, críticas, y en tantas y tan diversas tareas igualó cuando no superó a los mejores periodistas de su época. Fué historiador y en esa calidad recorrió los tres siglos de la vida de Chile estudiando con igual entusiasmo los hechos y personajes antiguos de la prehistoria y de la historia colonial y los modernos de la República. Fué novelista, economista, político, revolucionario, desterrado, etc., etc. Desempeñó altas magistraturas; fué diputado, senador, intendente de Santiago, y si no llegó a la magistratura suprema, los electores que le negaron sus votos no por esto dejaron de mirarlo como uno de los más inteligentes y patrióticos servidores de Chile».

A la vida de ese hombre múltiple dedicó Ricardo Donoso un estudio cariñoso e inteligente; y al cabo de cinco años publica, premiada por la Universidad de Chile, una biografía de 670 páginas de formato grande y de tal valer, que su autor se coloca de repente en primera línea entre los historiadores nacionales del momento.

Es generalmente sereno, de estilo sencillo y de una redacción

muy condensada. Y, cosa curiosa, la obra salió de improviso, sin ninguna *réclame* anterior, como algo hecho a escondidas.

Después de echarle un vistazo al libro (*Don Benjamin Vicuña Mackenna.—Su vida, sus escritos y su tiempo, 1831-1886*), muchos se preguntaron quién era Ricardo Donoso.

Sencillamente: el autor de ese estudio biográfico-crítico. Y era el mejor dato sobre la persona del autor.

Pero por si alguien pidiera otras indicaciones, añadiré que Ricardo Donoso es un joven de treinta años, nacido en Talca en 1896, y conocido de pocos, aquí donde todos se conocen. Además, tiene un hermano que había nacido ocho años antes y que no es un desconocido: Armando Donoso.

Don Carlos Silva Cotapos, Obispo de Talca, no ha olvidado su afición a los estudios históricos. Nos lo prueba la *Historia eclesiástica de Chile*, respuesta a la honrosa misión que, para cumplir un acuerdo del Congreso Panamericano de Río de Janeiro, le había encomendado la Universidad.

Otro propósito más lo animó en su empresa: «el deseo de dotar a los nuestros seminarios de un manual de Historia eclesiástica patria».

Excelente; pero nada habría perdido con dedicarle algunas líneas más al clero regular.

Don Virgilio Figueroa emprende una obra de aliento: la publicación de un gran *Diccionario histórico y biográfico de Chile*, desde la independencia hasta nuestros días.

Lleva publicadas cuatro entregas con un total de 272 páginas en formato grande, y todavía está más o menos en la mitad de la letra A.

Esto habla bastante claro de lo grande de la empresa.

Balmaceda sigue ganando después de muerto las batallas que no ganó vivo. Algunos lo llaman mártir; otros le aplican calificativos poco simpáticos; pero unos y otros contribuyen, delibe-

radamente o sin darse cuenta, a hacer de él un hombre de gran significación histórico-política.

Don Ricardo Salas Edwards, filósofo político, publica, con alusiones al movimiento de Septiembre de 1924, el tomo II de su valiosa obra *Balmaceda y el Parlamentarismo en Chile* (el tomo I es de 1914 y el III está anunciado); don Guillermo Feliú Cruz edita la segunda parte (la primera es de 1921) del no menos valioso *Balmaceda y el Conflicto entre el Congreso y el Ejecutivo*, de don Joaquín Rodríguez Bravo, fallecido en 1924; y don Félix Pinto Ovalle reúne y hace imprimir piezas que titula *Vindicación de Balmaceda*.

Don Domingo Amunátegui Solar, historiador y político, da a la prensa dos obras históricas más: *Personajes de la Colonia y Don Juan Martínez de Rozas*; y el mayor en retiro don Arturo Benavides Santos, ciertas narraciones de la Guerra del Pacífico bautizadas *Seis años de vacaciones*, y que, «dada su naturalidad muy noble y su sencillez», constituyen, según Gabriela Mistral, «el tipo de la lectura popular, recomendable para cuarteles y bibliotecas de obreras».

Y no es un reproche...

El Gobierno salvadoreño encomienda a don José Toribio Medina una reimpresión «a plana y renglón» de la *Vida de doña Ana Guerra de Jesús* escrita por el P. Antonio de Siria; y la editorial Nascimento, editorial que está honrando a Chile, emprende la reedición de la *Historia de Santiago* escrita por don Benjamín Vicuña Mackenna.

Otras obras históricas del año son: *Magallanes*, obra premiada, de Gabriel E. Alvarez, con prólogo de Felipe Aparicio (*Bachiller Alcañices*); *La Sargento Candelaria*, fragmento anticipado de las memorias de don Ventura Blanco Viel; *El epílogo de la guerra de 1879*, por Santiago C. Gómez; *Mujeres de nuestra Independencia*, por la señorita Berta Lastarria Caveró, estudio premiado en un certamen; y *El Liceo de Linares*, por Julio Chacón.

Tampoco estará de sobra recordar traducciones como la *Historia de Cristo*, de Juan Papini, hecha directamente del original italiano por el Pbro. don Manuel Larraín Vergara; la de la biografía de *Mahatma Gandhi*, de Romain Rolland, por el Dr. Salomón Margulis; y la del estudio crítico-biográfico del P. David A. Perini, agustino italiano, sobre *El P. Buenaventura Baduario-Peraga*, sabio y santo Cardenal de los tiempos medioevales.

De propósito dejé para el fin, por su carácter especial de cuento e historia, las *Crónicas de la Conquista*, escritas por Aurelio Díaz Meza.

Es el primer volumen de las *Leyendas y Episodios Chilenos* en que trabaja hace buen número de años; y trae un prólogo de quien debía traerlo: de don José Toribio Medina.

Autor teatral al mismo tiempo que historiador, domina Díaz Meza el diálogo, y es muy sobrio en detalles de ambiente.

El estilo adoptado por el autor, observa *Omer Emeth*, es «una combinación artificial de estilo moderno y de estilo antiguo. Tan pronto oímos hablar el idioma del siglo XVI como el del siglo XX, sin contar los momentos en que aparecen frases anfibias, quiero decir, hechas de elementos que pertenecen a ambas épocas».

Cada crónica lleva su dedicatoria a algún personaje conocido; la edición es muy descuidada; pero lo más grave es la imposibilidad de olvidar la existencia de ciertas *tradiciones* de un tal Ricardo Palma, creador, maestro y rey no destronado del género.

Sin embargo, aun así, estas *Crónicas de la Conquista* son, según don J. T. Medina, «una verdadera historia anecdótica en que, a la vez que se destacan las grandes figuras de la conquista con detalles que nos permiten apreciar sus caracteres, las pasiones y los propósitos que los animan, campean la relación bien ordenada y el diálogo chispeante, vigoroso, y todo fundado, no en la mera fantasía, sino en dictados historiales que el autor ha sabido beber en fuentes documentales para darles animación y vida propias».

Sobre todo, es un libro lleno de interés. Se lee con ganas y hace simpática la lectura de otros libros de historia.

IV. CRÍTICA LITERARIA, LINGÜÍSTICA Y OTROS ESTUDIOS

En los comienzos de 1925, salió muy bien impreso, un tomito de 200 páginas titulado *Escalpelo*, reunión de algunos ensayos críticos de Ricardo A. Latcham. Pero hemos tenido mala suerte: un incendio quemó casi entera la edición. Creo que no salvaron sino once ejemplares.

El autor de *Escalpelo* no es ningún desconocido.

Hijo del sabio antropólogo inglés chilenizado don Ricardo E. Latcham, Ricardo A. Latcham tiene veinticinco años y su labor de crítico y periodista es ignorada solamente de quienes quieren continuar ignorándola.

Muy joven, delgado, muy alto; gran charlador, de hablar algo apresurado, nervioso; emprendedor; de trato sencillo y comunicativo, posee una cultura excepcional para su edad.

La corrección de pruebas fué muy floja, y su autor padece, además, descuidos de lenguaje y estilo indignos de su firma.

Sin embargo, *Escalpelo* contiene casi todos los mejores estudios literarios que, sobre firmas nacionales, ha hecho Latcham. Y un vistazo al índice demuestra que la obra, por lo que podríamos llamar extensión cronológica, se caracteriza por ser algo así como una visión panorámica parcial de la historia literaria chilena, desde sus orígenes ercillescos hasta las muy modernas crónicas de Joaquín Edwards y las piezas teatrales de otro joven de porvenir, Eugenio Orrego Vicuña.

Los estudios sobre Ercilla, Oña, los poemas épicos menores, *Jotabeche*, don Luis Felipe Contardo, Jerónimo Lagos Lisboa, Mariano Latorre y don José Toribio Medina, son de lo mejor que, en el género, se haya escrito en Chile.

Y si no todos los capítulos del libro tienen esa consistencia de los que acabo de citar, ello se debe algunas veces, antes que a la impericia del crítico, a la índole misma del tema.

¿Que a veces procede guiado por simpatías o antipatías per-

sonales? Tal vez. Ya lo dice él mismo en cierto pasaje: «existen momentos, situaciones y personas a las cuales no podemos analizar con lo que el mundo llama imparcialidad». Así, lo que más le importa, no es el poder decir que es imparcial, sino más bien el poder «decir, con recia franqueza: yo juzgo, porque conozco».

Y en eso de conocer, nadie negará a Ricardo A. Latcham sus títulos.

Todo ello fuera de poseer un ojo crítico perspicaz; y de que si algo pudiera pedírsele en sus estudios, no sería precisamente más fuerza demostrativa, sino que, por el contrario, moderara algo sus exposiciones de las flaquezas literarias ajenas.

Por lo demás, aunque Latcham sea, entre los críticos chilenos, uno de los que escriben más descuidadamente; y aun nos quedara que confesar que no fuera uno de los escritores nacionales mejor preparados para ejercer la investidura crítica, siempre nos asistirá la persuasión de que está llamado a dejar, ya que no la más perfecta, una de las obras crítico-históricas de más valer en las letras chilenas contemporáneas.

Su juventud, su laboriosidad, su entusiasmo, todavía pueden ampliar mucho sus conocimientos; y dar, con un poco más de serenidad, concentración y cuidado, algo que ya va siendo ilusorio seguir esperando de otros críticos chilenos, quizás más preparados y de mejor gusto.

Armando Donoso viaja por Europa en compañía de *María Monvel*; y en Madrid, la casa Calleja le edita un libro *Dostoievsky, Renán, Pérez Galdós* (y otros ensayos); y la casa Calpe, otro, *La otra América*, con un prólogo de Enrique Díez-Canedo.

Con ligeras excepciones, ya conocíamos los materiales de uno y otro libro.

Sin tomar en cuenta, por ahora, sus ensayos acerca de escritores no americanos, creo preferible solicitar ante todo la atención de los lectores hacia los ensayos de *La otra América*,

en que Hernán Díaz Arrieta ve una respuesta más al insulto estúpido de Baroja.

Sin confiar gran cosa en esbozos tan simplistas, he aquí una lista de los temas de *La otra América*: Gabriela Mistral, Arturo Cancela, Pedro Henríquez Ureña, Rafael Barrett, Pedro Prado y Antonio Castro Leal creadores de *Karez-I-Roshan*, Eduardo Barrios, Totila Albert y don José Toribio Medina.

Habla *Alone*:

«Como siempre, Donoso en estos estudios tiende al ensayo y difunde sus observaciones en todo sentido, con visible esfuerzo por penetrar en el alma de los autores y ligarlos en una especie de sistema. No quiere hacer obra de arte y descuida el simple agrado. Procede con una honradez alemana, sin dejar por decir nada de lo que juzga esencial, y va obscuramente hacia un fin claro».

Es un libro útil para extranjeros, pero hay en él pecados tan visiblemente graves, y eso sin tomar en cuenta que se trata de chilenos, como ciertas apreciaciones sobre Medina y sobre todo ese rebajamiento de Prado, el más completo de nuestros escritores, al nivel vulgar de un superchero ingenioso...

Después de todo, el hermano de Ricardo Donoso es el crítico chileno más conocido en el extranjero.

Otro crítico chileno: Arturo Torres Rioseco, profesor en los Estados Unidos, traductor de Walt Whitman y autor de versos titulados *En el encantamiento* y de ensayos críticos tan apreciables como los consagrados a Walt Whitman, a Carlos Pezoa Véliz y a los *Precursores del modernismo*.

En la página 12 de *Precursores del modernismo* (Calpe, Madrid, 1925), se lee:

«Toda nuestra literatura contemporánea se ha podido producir gracias al genio concretador de Rubén Darío. Sin embargo, no debemos olvidar a los otros, a los verdaderos precursores de nuestro modernismo. Para nuestra historia literaria, Martí, Silva, Gutiérrez Nájera y Julián del Casal valen tanto como el autor de *Azul*. En este libro estudio la obra de estos cuatro poetas. Este es el indispensable estudio inicial. Mi inten-

ción ha sido escribir una serie de ensayos literarios que sea al mismo tiempo un lazo de unión para los países de Hispanoamérica, tan egoístas y tan indiferentes».

Y ha escrito un buen librito. A veces el elogio resultará, como dijo Díaz Arrieta, «un poco en el aire»; tal vez haya generalizaciones algo prematuras; pero sería imposible negar el acierto de algunos vistazos de conjunto, como de alguien que fuera en un buen aeroplano y tuviera buen ojo.

El P. Raimundo Morales, franciscano, miembro de la Academia Chilena, publica un volumen de artículos, ensayos de crítica y hasta versos con el título de *Cosas y cosillas*, y el primer volumen (letra A y B) de sus estudios lingüísticos titulados *El buen decir*.

Bastante conocida es la competencia del P. Morales en estudios de esa índole. Y además él nos dice tener una cualidad que es otra ventaja: no es ni rigorista ni laxista; procura colocarse en una «posición media».

Más amplio (un rigorista diría: más laxista) es otro miembro de la Academia Chilena que se dedica a estudios lingüísticos, don Miguel Luis Amunátegui Reyes. Acaba de publicar el tomo II de sus *Observaciones y enmiendas a un Diccionario aplicables también a otros*, crítica del que en 1893 escribió Camilo Ortúzar, sacerdote salesiano de estas tierras.

«¡Era él! Alto, delgado, vestido de luto, con sombrero de copa que le prolongaba aún más la estatura; unos anteojos ahumados (en vez del esperado monóculo) velándole los ojos; en el rostro una palidez de marfil viejo, una armonía acabada en los detalles de su indumentaria como en las líneas y movimientos de su cuerpo; y un porte a un mismo tiempo olímpico y vencido, desdeñoso y resignado, irónico y melancólico, que en esa ocasión me hizo pensar en la indiferente y altiva tristeza de los cipreses».

Tal es el retrato que del don José María Eça de Queiroz de 1889, hace otro escritor portugués, don Alberto D'Oli-

veira, cuyas preciosas *Páginas de memorias* relativas a *Eça de Queiroz* ha traducido un chileno, Ernesto de la Cruz.

Don José Toribio Medina sigue trabajando como siempre.

Reedita el *Viaje al Parnaso*, de Cervantes (tomo I: texto y anotaciones; tomo II: notas biográficas y bibliografía); y apenas llegados a Chile los primeros ejemplares de la edición XV del Diccionario de la Academia, se dedica a estudiarlo; y un par de meses más tarde, ya teníamos un volumen titulado *Voces chilenas y chilenismos incluidos en la décimaquinta edición del Diccionario de la Real Academia Española*.

De 155 que eran en la anterior, «el número de voces chilenas alcanza en esta edición a 1.133 y quizás a 1.150», concluye el señor Medina.

Acerca de los *Problemas de Estética* estudiados por Alejandro Abarzúa Reyes (tirada aparte de los *Anales de la Universidad de Chile*), cedo la palabra a Omer Emeth:

«El profesor de Estado señor Abarzúa ha dado un magnífico ejemplo al escoger estos problemas de estética para tema de su memoria profesional. Es de desear que otros lo imiten y así contraigan el hábito del análisis y cultiven el espíritu filosófico-crítico.»

Con algún retraso, como que llevan fecha de 1924, nos llegan: de Madrid, un opúsculo de un escritor joven, Carlos Vega López, *La poesía popular de la América española* (obra premiada por la Real Academia Española en los Juegos Florales Hispanoamericanos de Santander, en 1923); y de Valparaíso, una obra póstuma de don Eduardo de la Barra, contra Luis Q. Vila, publicada por Leonardo Eliz, *Luz vengadora o El castigo de un plagio*.

De méritos desiguales, el mismo objeto pedagógico persiguen la *Historia de la Literatura* del P. Juan Zorrilla de San Martín, hijo del cantor de *Tabaré* y docto profesor del Colegio de

San Ignacio de la capital chilena, y los *Apuntes de Historia de la Literatura*, de otro profesor, don Bernardo Lira Montané.

También está dedicada a la instrucción, pero a la instrucción de profesores, la obra del sabio filólogo alemán chilenizado Dr. don Rodolfo Lenz, *La oración y sus partes*, cuya segunda edición acaba de salir en Madrid, prologada por don Ramón Menéndez Pidal.

Entre otros elogios que pudiera recordar, copio algunas líneas del que cita *Omer Emeth*, debido a la pluma del Dr. J. Woelfel, aparecido en *Anthropos*, revista internacional de Etnología y Lingüística que se publica en Austria:

«Este trabajo del conocido investigador (Dr. Lenz)... representa uno de los más valiosos trabajos con que se ha enriquecido la literatura lingüística en los últimos decenios. El autor reúne en su persona dos grandes ventajas: posee la rigurosa escuela metódica de los indogermanistas y romanistas, pero, a la vez, como profundo conocedor de las lenguas sudamericanas y como investigador que ha adquirido profundos conocimientos en todo el terreno de la lingüística general, alcanza a evitar esa estrechez de miras de que adolecen tantos indogermanistas, aún de los mejores».

V. TEATRO

Entre las gentes que pasaron por nuestros teatros recordaré solamente el conjunto Velasco, de revistas, que en su género, dice N. Yáñez Silva, ha sido «lo mejor que ha venido a Chile»; y sobre todo la compañía que presidían el dramaturgo Darío Nicodemi y la gran actriz Vera Vergani, por la calidad de su elemento y por su repertorio, variado y bastante nuevo para nuestro público.

De estrenos nacionales nada digo, porque, o no los hubo o yo he andado con muy mala suerte, pues no he logrado tener noticias sino de ciertas piecitas estudiantiles de las fiestas de la primavera.

O, mejor, corrijo: hubo estrenos chilenos, pero no en Chile, sino en Buenos Aires, donde Armando Moock, al decir de Luis María Álvarez. «fué el hombre de la temporada». Sus dos dramas, *La fiesta del corazón* y *Natacha*, pueden considerarse como las mejores obras del año (1).

Y ahora, algo sobre las obras dramáticas impresas en el año.

Estrenada en Lima e impresa por Nascimento en Santiago, *El sol de Ayacucho*, de Francisco Villaespesa, el escritor español que pasó por nuestros escenarios y centros culturales derramando torrentes de elocuencia y poesía, es ante todo la obra de un poeta, y un poeta de vuelo, pero demasiado declamatorio.

Tragedia interior, de Eugenio Orrego Vicuña, drama en un acto estrenado en 1924 por el gran actor español Enrique Borrás, se resiente de su poca extensión. El asunto está demasiado condensado, y la acción es precipitada. Pero los caracteres son vigorosos, imborrables de la memoria por lo humanos; y además es imposible no compartir la opinión de *Omer Emeth*, impresionado, al final de su crónica:

«Tomo las cosas demasiado a pecho, demasiado a lo vivo... La culpa es de Eugenio Orrego, que me las presenta demasiado vivas, demasiado trágicas. En un acto y en 16 páginas escasas, encierra más realidad que otros en tres actos y en un libro de buen tamaño. La culpa es de él: ¡feliz culpa!»

Y luego, Eugenio Orrego Vicuña, dramaturgo, historiador y crítico, joven, muy joven, estudioso y de talento, artista por temperamento y por herencia, tiene todavía un campo muy amplio donde escoger espigas doradas.

Ya veremos lo que trae de su viaje por Europa y el Japón.

VI. «ANDROVAR», de PEDRO PRADO

Androvar, un inquieto, orgulloso de su misma inquietud, es-

(1) Luis María Álvarez: *El teatro argentino en 1925*.—*La Nación* de Santiago, 10 de Enero de 1926.

céptico como intelectual de períodos de cultura refinada, amante del «malsano placer de saberse sin rumbo y solitario», solicita y obtiene de Cristo la realización de milagros extraños, una fusión de espíritus que, al ampliar la conciencia individual, hace estallar una tragedia de proporciones horribles.

El molde humano había quedado demasiado pequeño.

¡Pobre Androvar!

La voz de Cristo agrega:

«Androvar: en esa mujer que es tu propia imagen, procrearás larga descendencia, nuevos seres para siempre señalados por la angustia de ser dueños de revelaciones imposibles».

Y ha sido una predicción que todavía, a dos mil años de distancia se sigue cumpliendo.

Ejemplo, Pedro Prado mismo, autor de un poema dramático irrepresentable, pero no por eso menos bello.

Poema dramático, dije, y lo dice Pedro Prado. Pero sería más honrado decir que *Androvar* es inclasificable, y por eso mismo y por su mérito se le dedica aquí un capítulo separado. «¿Poesía, prosa, historia, leyenda, novela, filosofía, teología, tragedia? De todo y algo más», escribe *Alone*.

Deja una impresión extraña, desconcertante.

Tal vez cuando la proyectada trilogía de que *Androvar* no es sino anticipación parcial, esté completa, será más fácil penetrar en el alma de la obra.

Independientemente de lo que he llamado el alma de la obra, está el estilo del poeta-pensador, del poeta pintor, que cada día se van uniendo más para constituir el mejor artista chileno de la palabra escrita.

«Gracias, añade Gabriela Mistral, gracias al que cumple, en medio de los jóvenes, el «encargo de inquietar». No se ha dejado decir maestro Pedro Prado, pero bien sabe que lo ha sido de casi todos. La honra es de pensar pensamientos audaces. Sin que se lo pidan los jóvenes, la solicitud está derramada en el aire y él responde. Es un gran atento, su oído alcanza a su ojo en sagacidades.

El género de *Androvar* es nuevo en Chile. Siempre Prado trajo

en su mano joven granadas recién abiertas. También por esto —la anticipación— es maestro.

La selección de Prado — *Poemas en prosa* — publicada en Méjico en 1923 por el fino escritor y diplomático de aquellas tierras, Antonio Castro Leal, concuerda muy bien con el elogio de la poetisa de *Desolación*.

VII. TRES LIBROS DE CRÓNICAS

Ernesto Torrealba vivió algún tiempo en París, de donde envió correspondencias a *La Nación* de Santiago, y al volver de visita a Chile, escogió algunos de sus artículos y los bautizó con un nombre sirenesco y dos apellidos que dicen mucho: *Paris sentimental y pecador*.

Como otros corresponsales americanos, da la impresión de un ricachón de aldea que se traslada a una ciudad, emplea el tiempo en divertirse, y luego cree ser muy nuevo e interesante al referirse a lo que suele haber en las calles o más allá de ciertas puertas. No todos son Gómez Carrillo.

Sin embargo, hay que reconocer que Torrealba, joven aún, revela condiciones, como cuando trasmite sus sensaciones de un modo personal.

Genaro Prieto es otro.

Es abogado, bolsista, vive en Chile, y sobre todo, es la gran pluma de *El Diario Ilustrado*. Firma P.

Pluma en ristre, con prólogo de Joaquín Edwards Bello, ha sido un éxito. Dos ediciones en un año son algo raro en Chile. Se lo merece el escritor de barba de Cristo quiteño y cachimba británica, que al hablar podrá parecer serio, pero que al escribir sonríe de un modo insuperable. Y esa es tal vez la principal característica de P.

Podrá hablar de política, de proyectos económicos, de elecciones académicas o de otros asuntos tan aburridores como los recordados; pero su talento, el ingenio, la oportunidad, la flexibilidad, su estilo alado, finísimo; y por encima de todo, su

humorismo y su ironía unidos en un abrazo de hermanos, justifican ampliamente el triunfo artístico de las dos ediciones de *Pluma en ristre*.

«La verdad es que los otros humoristas nacionales quedan muy lejos», concluye *Alone*.

Daniel de la Vega, el poeta de los versos delicados (de quien se anuncia una selección en la casa Cervantes de Barcelona), había hecho excursiones por el cuento, el teatro, el comentario crítico y la novela. Y un buen día, creo que fué allá por 1924, publicó en *El Mercurio* una crónica saturada de emoción. Luego apareció otra; más tarde, otra y otras. ¡Y tan seguido! ¡Pobre Daniel de la Vega! ¡Se está matando!

Pero no. Daniel de la Vega no se estaba matando. Al contrario, proseguía su evolución artística, se renovaba. Y preparaba los materiales que, seleccionados, formarían a fines de 1925 su libro número 13: *Calumnias*.

Es una bendición este Daniel de la Vega, amable, galante, ligero, ingenioso; de líneas exquisitas; autor de paradojas y antítesis brillantes; ironías encantadoras y delicadezas de artista.

«Es, dice *Omer Emeth*, el talento de un poeta que, a pesar de conocer la vanidad de todas las cosas, mariposea en torno de ellas y saca de cada una su rayo de luz, su mancha de color, el átomo de verdad que encierra».

VIII. MISCELÁNEA

Don Enrique Molina, presidente de la Universidad de Concepción y hombre de una cultura muy extensa, hace editar ensayos que titula *Por los valores espirituales*.

La editorial Nascimento publica, seleccionadas por Pablo Neruda, *Páginas escogidas* de Anatole France.

El estado político anormal que ha tenido que soportar el país desde Septiembre de 1924, ha provocado varias obras y opúsculos donde, por un diez por ciento de serenidad hay un noventa de historia partidarista y polémica apasionada. Recordemos algu-

nos títulos: *Tres años en el frente político*, por el ex-diputado Aquiles Vergara Vicuña; *¿Qué nos pasa?*, por E. Ortiz Wormald; *Política chilena*, tercera serie, por el Pbro. Alejandro Vicuña P.; *Historia íntima de la Revolución*, recopilación de un periodista a quien no quiero nombrar por no perjudicarlo; *Alessandri ante la Historia*, por el Dr. Oscar Fontecilla; *El alma de Alessandri*, reunión de documentos diversos entre los cuales merece mencionarse la extensa entrevista de Armando Donoso con Alessandri en 1921; *La Revolución chilena*, por Carlos Pinto Durán, enemigo de los nombres propios; *Crónicas sobre revolución y evolución social en Europa y en Chile*, por L. Alfredo Aguirre Arenas, coronel de ingenieros y abogado.

Provechosas enseñanzas podrán extraerse de obras como *Notas de viaje*, de don Ismael Valdés Valdés; *Por los Estados Unidos*, observaciones del ingeniero don Santiago Marín Vicuña; y *Un viaje por Tacna y Arica*, descrito por Pedro P. Canales.

Un editor residente en Chile reimprime el primer panfleto de Blasco Ibáñez sobre *Una nación encadenada*; y un joven chileno de paso por Europa, Federico Vergara Vicuña, deja la carabina de sus cacerías asiáticas por la pluma, y, como reverso a *La vuelta al mundo, de un novelista*, cuenta *La vuelta al mundo en 80,000 dólares*, efectuada por el autor de *Alphonse XIII démasqué*.

El Padre Luis Guillermo Márquez Eyzaguirre, mercedario, está empeñado en una gran empresa: *Antología de oradores y escritores chilenos*, de que en 1925 alcanza a dar el primer volumen, consagrado a la oratoria sagrada.

Aunque en alemán, merece figurar aquí un libro del Dr. Knoche, titulado *Die Osterinsel* (La Isla de Pascua). El Dr. Walter Knoche, que durante algún tiempo fué director de nuestro Instituto Meteorológico y Geofísico, ha resumido en 320 páginas, bien impresas e ilustradas con 54 reproducciones de fotografías, todo lo que se sabe sobre la Isla de Pascua, basándose en las observaciones hechas por él mismo y los que lo acompañaron en la expedición efectuada por el Gobierno en 1912.

En 1925 también aparecen los muy valiosos *Trabajos* presentados por don Aurelio Martínez Mutis y el Dr. José Santos González, delegados de Colombia al 4.º Congreso Panamericano del Niño; y los *Apuntes para un Diccionario marítimo militar* (con fecha de 1924), por don Guillermo Bañados; y desde París llega, aunque con fecha de 1923, *La política*, estudios de Oscar Edwards Bello.

Apuntaré además los títulos de otras obras de 1925; *Daniel*, *El Universo*, *La alborada de la fe*, *La modestia* y *Conferencias sobre estética*, por el sacerdote salesiano Bernardo Gentilini, quien, después del Sr. Medina, es en Chile el que ha publicado mayor número de obras; *Dios ante la Filosofía y la Ciencia*, por el Pbro. don Julio Restat, segunda y tercera ediciones; *El derecho de propiedad*, por Luis Pizarro Espoz; el *Silabario biológico* del sabio Dr. Arturo Atria; *Desde la cátedra*, conferencias de Fr. Agustín de Montefeltro, traducidas por el P. Raimundo Morales; las *Mejores producciones* del P. Ramón Cerda Bartlet; *Lo infinito*, por el Pbro. don Nataniel Eastman; ciertos estudios de política y sociología, por don Luis Lagarrigue; *Discursos sobre la voluntad*, por Fr. Jerónimo de Jesús; *Examen crítico y comparativo de la nacionalidad, la ciudadanía y los conflictos derivados*, por Augusto Carmona de la Fuente y *Los que se fueron*, por Gabriel de Medina.

IX. OTRAS ACTIVIDADES RELATIVAS A LAS LETRAS

Cualquiera obra científica, literaria, artística o de otra especie, nacional o extranjera, podrá gozar de protección en Chile, con tal que su autor la haya inscrito en el Registro de Propiedad Intelectual.

Fué una disposición feliz de don José Maza.

«Chile, escribe Adolfo Faigarolle en *Vien de paraître*, merece el reconocimiento de los intelectuales».

Para la jefatura del Registro de Propiedad Intelectual se ha designado a una persona conocida: Eduardo Barrios.

Cierto discurso de Leopoldo Lugones en Lima, en el Centenario de Ayacucho, provocó una polémica ruidosa y memorable entre el mismo Lugones y el rector de la Universidad de Concepción, don Enrique Molina.

A poco de regresar de su viaje por América y Europa, Gabriela Mistral es llamada de nuevo a París con el honroso nombramiento de Jefe de la Sección Letras del Instituto de Cooperación Intelectual de la Liga de las Naciones. ¿Camina al premio Nobel?

A los 73 años de vida, y de la vida más laboriosa que hayan conocido las letras americanas, otra gloria de estas tierras, don José Toribio Medina había logrado reunir la biblioteca y el archivo más rico en cosas de América. Y el 21 de Noviembre de 1925 regaló a la Biblioteca Nacional de Chile su biblioteca y su archivo, «compuesto de veintidós mil volúmenes y de cerca de quinientos tomos manuscritos relativos a la historia americana».

También ha estado activo el poeta del creacionismo.

Regresa Vicente Huidobro de París, se defiende de los ataques que le dirigiera Guillermo de Torre en *Literaturas europeas de vanguardia*; funda y dirige *Acción*, periódico de campañas apasionadas; el laque de un gestor administrativo le da gloria por algunos días; se hace proclamar candidato a la Presidencia de la República; obtiene algunos votos; y, en silencio.

En una información de *Nouvelles Littéraires*, se lee que en Septiembre el escritor chileno *Augusto D'Halmar* dió en la Coruña una conferencia seguida de lecturas sobre el poeta lituano-francés Oscar Milosz, con un éxito verdaderamente excepcional. «Es necesario decir, prosigue el gran semanario parisiense, que el Sr. D'Halmar ha traducido los poemas de Milosz en forma tan fiel, que, al leerlos traducidos, se los creería escritos directamente en español. Es necesario decir también que el Sr. D'Halmar es sin duda el primer conferencista de todos

los países de lengua española: tiene el don de arrastrar a su auditorio y de magnetizarlo con el encanto de su voz ardiente y profunda.

Otras conferencias que debemos recordar aquí son: las de Francisco Villaespesa y Eugenio Noel a su paso por Chile; las del catedrático de la Sorbonne, M. Víctor Basch, en la Universidad de Chile, sobre arte francés; las de Pedro Prado, sobre Emilio Rodríguez Mendoza y sobre lo que vió en Bolivia, con motivo del Centenario; las del Pbro. don Emilio Vaïsse (*Omer Emeth*), sobre literatura francesa moderna, en la Universidad Católica, y sobre Jules Romains y el unanimismo, en el Club de Señoras; las de tres exalumnos del Colegio de San Agustín, señores Emilio Rodríguez Mendoza, Ministro de Chile en España, y Carlos Vega López, sobre sus viajes, y Misael Correa Pastene, sobre Chateaubriand; las de Genaro Prieto y el Pbro. Alejandro Vicuña, sobre actualidades políticas, en la Asociación de Estudiantes Católicos; la de la Sra. Inés Echeverría de Larraín (*Iris*), al ingresar a la Universidad; la de la educacionista doña Amanda Labarca Hubertson, a su vuelta de Europa; la de Luigi de Luisi sobre Giacomo Puccini; la de Augusto Iglesias sobre la vida dolorosa y pasional de doña Juana la Loca; y la de don Juan Ignacio Gálvez, sobre poetas colombianos.

Y ahora, algo sobre las revistas.

Cultura, *La Revista Católica*, siguen viviendo. *La Revista Chilena* fundada por don Enrique Malta Vial, después de algún tiempo de adormecimiento, resucita dirigida por Don Ernesto Barros Jarpa. *La Revista Chilena de Historia y Geografía* lleva ya muchos meses de vacaciones. *Agonal* agoniza.

Surgen revistas nuevas, como *Romania*, redactada en varios idiomas neolatinos; *Ariel*, *Andamios* (luego *Caballo de Bastos*), *Dinamos*, *Nuevos Rumbos*, y la *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, que prometía tener más vitalidad que otras, pero que no ha correspondido a lo que se esperaba.

Y muy por sobre todas sus hermanas de nacionalidad, *Afenea*, la Revista de la Universidad de Concepción, continúa admirablemente, como una de las mejores revistas literario-científicas del habla castellana.

X. MUERTOS DEL AÑO

Romeo Murga.—

Acababa de recibir su título de profesor de Francés y de obtener clases en el Liceo de Quillota. Era el más joven de los poetas incluidos por Armando Donoso entre *Nuestros poetas*.

Había nacido en 1904, y murió en San Bernardo a los 20 años.

Enrique Nercasseau y Morán.—

Nació en Santiago en 1855, y estudió humanidades en el Colegio de los PP. Franceses.

Fué profesor de Castellano en el Instituto Pedagógico y en muchos otros centros de enseñanza santiaguinos. Buen conocedor del idioma y gran admirador de los clásicos españoles, pertenecía a la Academia Chilena desde 1916.

Escribió obras para la enseñanza del Castellano y tradujo la *Historia de la Literatura española*, de Ernesto Merimée.

Francisco Zapata Lillo.—

Escribió versos, novelas y libros para la enseñanza del Francés, idioma que perfeccionó en la Sorbonne y que después enseñó en los Institutos Pedagógico y Nacional, de Santiago.

Vivía en San Bernardo. Era todo bondad. Había nacido en Santiago en 1879.

Manuel Salas Lavaqui.—

Miembro de la Academia Chilena desde 1914.

Había sido abogado y profesor de varias asignaturas.

Ingresó a la Cámara. La revolución del 91 lo obligó a refu-

giarse en Europa. Regresó en 1895, y volvió a entrar a la política activa.

Fué Ministro de Estado, y desempeñó otros cargos importantes en la administración pública.

Había nacido en 1856; y al morir, no ha dejado escritos dignos de su actuación.

Santiago, Liceo de San Agustín, Febrero de 1926.